

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8633

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 6 de Agosto de 1893.

LOS MICROBIOS COMO CAUSAS DE ENFERMEADES.

(Conclusión)

Las pruebas terminadas de exponer son las exigidas para que en el estado actual de la ciencia pueda considerarse, á un microbio como causa de enfermedad; pero por desgracia distan mucho de llenarse estas condiciones para todos aquellos microbios que hoy consideramos como verdaderamente patógenos, ya sea por no haber encontrado un terreno nutritivo que sea adecuado para su cultivo, ya porque las distintas especies animales que se han tomado para las experiencias hayan presentado una resistencia ó inmunidad que no haya podido ser vencida por estos agentes.

No obstante responden á las tres condiciones ya reclamadas el *bacillus anthracis* que produce el carbunco, el *spirochaeta patógena* de Obermeier producto de la fiebre recurrente el *bacilo de la tuberculosis* de Koch y el *micrococcus de Fehleisen*, la erisipela.

Existe un gran número de enfermedades que en este lugar no es mi propósito enumerar, que les atribuye por causa un microbio particular para cada una de ellas, y las cuales ya sean por las referidas causas, ya por otras particulares, es lo cierto que faltan uno y aun dos de los tres términos de la demostración, lo cual hace que consideremos la determinación de la especie que es la causa de tales enfermedades, como una presunción.

Después de haber admitido la existencia de microbios patógenos como verdadera causa específica de enfermedad, tenemos necesidad de explicarlos, cual es el modo de obrar que tienen sobre el organismo para producir los estados morbidos.

No puede admitirse que los microbios, sea por una acción puramente mecánica como producen la enfermedad: si así sucediera, su acción quedaría reducida á determinar trastornos circulatorios, obstruyendo algunas zonas capilares, cuando los pequeños organismos existieran en crecidas proporciones y presentándose embolias, flegmias, anemia, hiperemia, etc., estas lesiones no tendrían nada de especial nada que con propiedad pueda llamarse específico.

También es insuficiente para explicar la acción de los microbios patógenos el admitir que ellos sustraigan de la economía los elementos necesarios para desempeñar los importantes roles biológicos que como seres organizados les incumben, nutrición y reproducción. En efecto, los microbios necesitan para nutrirse oxígeno, agua, sales diversas y albumina. Si solamente á esto limitaran su acción, puesto que el consumo que habían del oxígeno no es obra rápida, bastarían algunas respiraciones más de las normales, para compensar las pérdidas sufridas del gas comburente tan necesario para la vida. El agua, la albumina y demás sales no tardarían mucho en ser recobradas, en cuanto se hiciera uso de una alimentación convenientemente

reparadora, acompañada si era necesario de otros recursos terapéuticos.

Algo más lógico parece admitir que los microbios que se consideran como causa morbosa obran en virtud de modificaciones químicas que imprimen en la sangre ó en la trama íntima de los tejidos. No ha dejado de faltar una hipótesis, según la cual el papel que desempeñan los microbios es puramente pasivo, es decir, que no vienen á ser más que los propagadores de un veneno producido en otra parte.

Voy á terminar estas mal trazadas cuartillas diciendo, que en mi concepto las explicaciones más racionales que se han propuesto, para interpretar, cuál es el modo de acción de los microbios patógenos son: ó que el compuesto tóxico, sea un resultado de la composición de los elementos del organismo bajo la influencia de la vida del microbio, y tenemos (teoría de fermentaciones) ó que sea un compuesto secretado por el microbio por necesidad propia de su organización.

No quiero poner fin á estas líneas sin decir, que es de imperiosa necesidad admitir la existencia de un microbio, ya porque se produzcan modificaciones químicas en el líquido nutritivo y los tejidos, ya porque se forme un compuesto tóxico especial que cause la enfermedad.

Francisco Oñate Giménez.

DON SALVADOR MARIA ALBACETE.

A las diez y veinticinco de la noche de antes de ayer falleció en Madrid como ya digimos á consecuencia de una congestión cerebral, el gobernador del Banco de España D. Salvador María Albacete.

Por la mañana estuvo en aquel establecimiento de crédito, y á las once, después de practicar un arqueo en las cajas, se sintió indispuerto, siendo preciso trasladarle en un coche á su casa, calle de la Cruz, número 16.

El Sr. Albacete había nacido en Cartagena el año 1828.

Siguió la carrera de Derecho y apenas la hubo terminado ingresó en el Cuerpo administrativo de la Armada, formando parte de la expedición á Roma al mando del general Córdoba.

De vuelta á España ocupó una plaza de oficial en el Consejo de Estado y más tarde desempeñó las funciones de fiscal de lo contencioso.

Sus ideas políticas le llevaron á militar en los partidos moderados siendo elegido varias veces diputado á Cortes. Actualmente lo era por la Habana.

Por sus merecimientos y por sus estudios y aficiones á la economía y á la administración ultramarina fue nombrado subsecretario del ministerio de Ultramar, y más tarde desempeñó aquel ministerio en el Gabinete que presidió el general Martínez Campos en 1879.

Entre los señalados servicios que el señor Albacete prestó á su país, figura la negociación del tratado de comercio con Francia, del que tantos beneficios reporta nuestra producción, especialmente la vinícola, que representa una riqueza enorme para los cosecheros de España.

El Gobierno francés le otorgó con este motivo el gran cordón de la Legión de Honor.

Siendo Ministro de Ultramar el Sr. Conde de Tejada de Valdosera, encargó al señor Albacete que negociase con el Ministro ple-

nipotenciario de los Estados Unidos un tratado de comercio entre aquella república y nuestras islas de Cuba y Puerto-Rico.

Demostó gran habilidad en las negociaciones, sacando mucho provecho para el comercio de las Antillas, y el tratado se firmó, pero no llegó á ratificarse porque encontró oposición en el Senado de los Estados Unidos.

En materias económicas pertenecía á la escuela librecambista, cuyas ideas sostuvo siempre en el Parlamento, en la Junta de Aranceles y Valoraciones, y siempre que encontraba ocasión y momento para manifestarlas.

Al frente de la dirección del Banco de España, puesto en el que le respetó el señor Sagasta, á pesar de estar hecho su nombramiento por un Ministerio conservador, ha dado siempre brillante muestra de su gran competencia y de sus talentos rentísticos, siendo por esta causa muy difícil su reemplazo.

El Sr. Albacete era abogado del Ilustre Colegio de Madrid, había sido fiscal del Tribunal Supremo de Justicia, gentil hombre de Cámara y estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica.

Variedades.

EL HIPOCONDRIACO.

Entre las grandes maravillas que existían en Londres hace próximamente quince años ponderábanse dos humanas que parecían provenir como del cielo para hacer frente á esa enfermedad cruel que surge del hígado y que envenena lentamente la existencia del desgraciado que la contrae.

Estas maravillas eran el doctor Daniel Tiewy y el clown Tony-Wat, especialista el primero en las obstrucciones del hipocondrio y diabólico payaso el otro, tan vivaz, juguetón y alegre, como chistoso y buen gimnasta.

El doctor curaba tal cual vez la enfermedad terrible y el clown hacía desternillar de risa al más sombrío y tétrico de los espectadores.

Así es que el hipódromo «Clyde-coms» era el más concurrido de la gran ciudad, y eso que las localidades costaban un ojo de la cara.

Cuando algún hipocondriaco iba á consultar con el doctor Daniel y cuando los recursos de este gran sabio se agotaban—que los recursos de los sabios suelen agotarse más pronto que los de los tontos—solía recomendarle que se abonara al hipódromo «Clyde-vorms» y según infinitos testimonios de personas graves, solían curarse los enfermos en fuerza de ver las gracias de Tony-Wat.

Este, ya fuese por connivencia con el médico, ya por azar, siempre que veía entre el público alguno con cara amarillenta, rugosa y triste dirigíale de propósito arengas capaces de dar al traste con la seriedad de la estatua del duque de Kent.

Pues bien; en el mes de Junio de 1875, el doctor Daniel Tiewy recibía en su lujosa clínica á un desdichado hipocondriaco, flaco de carnes, de piel seca y verdinegra, de abdomen abultado y que tenía en su mirada una expresión de pesadumbre tal, que parecía saltar las lágrimas á todo el que le mirase de hito en hito.

—¿Qué sentís?—le preguntaba el doctor con solicitud paternal y tratando de escudriñar el interior de aquella cabeza adormecida por la angustia.

—Dolores indeterminados que todos me agobian, con lo cual me desesperan de una manera desenfrenada.

—¿Sois joven?
—Treinta y seis años.
—Y esas arrugas que surcan vuestra cara, ¿desde cuándo datan?
—Hace cinco.
—¿Data desde entonces también el abultamiento abdominal?
—Entonces comenzó.
—¿Propendeis á la tristeza?
—Si, señor.
—La ira, ¿os domina alguna que otra vez?

—Si, señor.
—¿Sois rico?
—Poseo una más que regular fortuna.
—Montad á caballo con frecuencia.
—Monto todos los días.
—Salid al campo.
—Vivo en él de ordinario.
—Haced ejercicio.
—Lo hago casi siempre.
—Procurad risos.
—Casi todos los días procuro.
—¿Habeis viajado?
—Por todos los países de Europa.
—¿Y nada calma vuestra angustia?
—Nada.

El doctor hizo una ligera pausa, durante la cual le contempló con profunda atención.

En seguida volvió otra vez á su interrogatorio.

—¿Sentís alivio con los lónicos?
—Al principio sí; ahora no.
—¿Qué efecto os produce la música?
—Me anonada.
—¿Os complace la mesa.
—No.
—¿Los vinos delirados?
—No.
—Entonces sólo me ocurre daros un consejo. ¿Conocéis al hipódromo «Clyde vorms»?

—Sí.
—Pues bien, id á abonaros durante las funciones en que trabaja el clown Tony-Wats. Eso de seguro os aliviará notablemente.

—Y si no me alivia?
—No veo otro recurso.
—¿No hay otro recurso?
—No.
—Entonces estoy perdido.
—¿Por qué?
—¡Porque Tony-Watsos yot!

Sem-jante suceso impresionó vivamente al doctor Daniel Tiewy, quien, dos días después, leyendo los periódicos locales, limpiaba los anteojos con emoción indescriptible, cual si quisiera persuadirse de no haber leído bien la sorprendente noticia que publicaban.

Dábase menuda cuenta de que el famoso clown Tony-Wats se había levantado la tapa de los sesos de un pistolazo, y los periódicos, con ese afán romancesco que hulle en el cerebro de todos, achacaban el suicidio á una cuestión de faldas.

Entonces, como siempre, las polizas mueres cargaban con una incógnita, que sólo el doctor Tiewy podía sospechar, quien lo merecía.

Local y general
Almanaque
Luna llena el 31.—Cuarto menguante el 7.
Sale sol 5 h. 0.—Pónese 7 h. 11.
SANTORAL.—Santos Cayetano fr. y Alberto de Sicilia et.